

JUAN MARTOS QUESADA, *HISTORIOGRAFÍA ANDALUSÍ. MANUAL DE FUENTES ÁRABES PARA LA HISTORIA DE AL-ANDALUS*, CÁCERES, UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA-SEEM-CSIC, 2022, 2 VOLS., 652 PÁGS.
ISBN: 978-84-9127-170-3 (VOL. 1-EDICIÓN IMPRESA), ISBN: 978-84-9127-171-0 (VOL. 2-EDICIÓN IMPRESA), E-ISBN: 978-84-9127-162-8 (EDICIÓN ON-LINE)

J. SANTIAGO PALACIOS ONTALVA
Universidad Autónoma de Madrid

A lo largo de mi carrera me he preguntado muchas veces acerca de las cualidades esenciales de los mejores académicos, buscando con suerte reproducirlas o imitarlas. Cada lector pensará en algunas, pero, seguramente, muchos coincidiríamos en priorizar la generosidad, la humildad y el rigor, tres que atesora en grandes dosis la persona y la obra de Juan Martos Quesada, y que son virtudes que se reflejan, además, en el libro que se reseña en este texto. Una obra espléndida y desprendida en términos del ingente trabajo que lo respalda —iniciado casi cincuenta años atrás—; que es extremadamente útil desde la sencillez de su planteamiento —«una herramienta de trabajo que sirva» es el «discreto objetivo de este libro», en palabras de su modesto autor—; pero que al mismo tiempo está colmada de una erudición ingente —que es el solvente armazón científico que la sustenta—.

El libro llega cumplida la jubilación del profesor Martos, cuando seguramente ha gozado del tiempo y la calma para rematar este proyecto de largo aliento, que la actividad académica habitual hubiera hecho inviable. Y constituye el primero de los que la Sociedad Española de Estudios Medievales, junto al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, edita dentro de su nueva colección *Al-Andalus*, dirigida por Javier Albarrán, quien inaugura así una esperadísima línea editorial dentro del medievalismo patrio, y toma el testigo de la labor científica de nuestro veterano colega, siempre pendiente y disponible para las nuevas generaciones de historiadores y arabistas dedicados a la historia andalusí; y siempre abierto a nuevos retos o temas de investigación ante los que nunca ha escatimado entusiasmo, desde la jurisprudencia islámica hasta la iranología.

Los dos volúmenes de esta obra recogen datos de casi 200 fuentes con las que abordar, desde diferentes ángulos historiográficos, el estudio de al-Andalus; y son más de 650 páginas que, sin embargo, no deben disuadir al lector interesado, porque en ellas todo se dispone con rigor para facilitar diferentes tipos de consultas o formas de acceder a su contenido.

En primer lugar, las obras recogidas se ordenan por su tipología, dejando «al margen del concepto de fuente para la historia de al-Andalus las obras literarias, tanto en prosa como en verso, no tanto porque los datos que nos aportan sean, la mayoría de las veces, escasos y marginales, sino porque su abundante número sobrepasaría y desvirtuaría el presente catálogo y su aspiración a ser una herramienta práctica para el historiador» (vol. I, p. 27). Estas fuentes narrativas se dividen, en primer lugar, en textos históricos de diferente tipo, que quizá son las obras más conocidas *a priori*: fundamentalmente del género *jabar*; anales; memorias históricas personales; textos del subgénero *'ibar*; o bien en forma de distintos tipos de *ta'rīj*, desde la historia universal a la local. Se distingue, asimismo, la literatura geográfica, que se concreta en obras del género *al-masālik wal-mamālik* («los itinerarios y los reinos»); diccionarios geográficos; cosmografías y geografías universales o locales; enciclopedias histórico-geográficas; libros de maravillas y anécdotas; o relatos de viajes, conocidos como *rihla*, que pudieron tener también un sentido más conceptual en cuanto a viajes en busca del saber, y que, en cualquier caso, se consideran obras historiográficas valiosas porque añaden interesante información «desde el punto de vista social y económico; la vida rural, las costumbres, las tradiciones, las leyendas de las diversas comarcas, los productos cultivados...» (vol. I, p. 33). Encontramos también numerosas fuentes jurídicas, que igualmente «se han convertido en un pozo de información, nada desdeñable, de aspectos sociales y económicos» (vol. I, p. 46), y cuyos ejemplos —más de cuarenta relacionados en el libro— incluyen tratados y compendios de aplicación de la jurisprudencia; respuestas jurídicas dadas por los alfaquíes y jueces —las llamadas *fatwà* (fetua)—; tratados y libros de formularios notariales; compendios de casos prácticos de Derecho; tratados de *hisba* o normas de mercado, especialmente elocuentes y capaces de hacernos «respirar la atmósfera del juego social y de las circunstancias sociales» (vol. I, p. 55) vividas en al-Andalus; a los que podríamos sumar, por último, cartas, documentos y archivos de cancillería, especialmente relevantes entre la época almorávide y la nazarí, que evidencian usos diplomáticos y prácticas de conservación documental progresivamente profesionalizadas, de un potencial informativo hasta ahora considerado secundario. Para llegar a una última clasificación de las fuentes recogidas en este libro, en la que el autor se centra en los diccionarios biográficos o *ṭabaqāt*, un género típicamente musulmán consistente en la elaboración y recopilación de repertorios de biografías «sobre los intelectuales y hombres de cultura y de religión andalusíes, sobre los ulemas, alfaquíes, tradicionistas y escritores en general» (vol. I, p. 57), que unas veces tomó la forma de listado alfabético o cronológico de autores, otras de selección de personajes relevantes para una disciplina, a veces se compendiaron en base a los maestros y las tradiciones que transmitieron, o bien se clasificaron simplemente por sus obras. Fuera cual fuese

su forma final, todas estas compilaciones comparten un mismo valor historiográfico, en palabras del profesor Martos, «vienen a cumplir una labor única, una labor de apoyo impagable: los datos acumulados en sus biografías son los que nos van a dar los puntos de referencia exactos de la implantación, entorno, incidencia social, importancia y desarrollo de cualquier función social, bien sea jurídica, religiosa, política o de otro tipo, a través de las personas encargadas de darle vida» (vol. I, p. 58).

Tras esta prolija clasificación tipológica de las fuentes, estas se dividen y pueden consultarse en función de su origen geográfico. En este caso se diferencia entre textos andalusíes —un cincuenta por ciento de ellos—, norteafricanos y orientales —el otro cincuenta—, con sus características y peculiaridades, teniendo en cuenta que ese rasgo de procedencia puede aportar un factor diferencial para comprender el sesgo interpretativo de cada fuente o autor, así como su enfoque sobre un periodo, acontecimiento, institución, dinastía o personaje histórico.

En tercer y cuarto lugar, se aborda un acercamiento cronológico a las obras recopiladas, ordenadas por los siglos en los que fueron producidas, o agrupadas según las consideradas como fuentes básicas para historiar diferentes periodos históricos de la historia andalusí, desde el nacimiento de al-Andalus, el emirato omeya, el califato de Córdoba, los reinos taifas, las épocas almorávide y almohade, hasta llegar al periodo nazarí.

Y, por fin, llegamos al núcleo central de la obra, formado por un largo catálogo de fichas que ordena alfabéticamente las fuentes por el nombre del autor, cuando este se conoce, o por su título, en el caso de las anónimas. Hablamos de 185 fichas que se recogen en el volumen II, el cual se completa con un índice cronológico de los materiales recogidos y varios anexos en forma de cuadros resumen por autores, tipo de obra y origen geográfico, junto a una lista final de etapas históricas y gobernantes andalusíes.

El libro se convierte así, en una herramienta de consulta eficiente y altamente útil, que permite encontrar las fuentes adecuadas para estudiar un periodo determinado de la historia de al-Andalus, acotado incluso a siglos concretos; que discrimina los textos árabes según el tipo de datos historiográficos que contengan; y que permite también conocer la producción de estas obras según su procedencia geográfica. Aunque en esencia, el trabajo del profesor Martos, como él mismo reconoce, no es sino una clásica acumulación de «fichas» iniciada décadas atrás —seguramente en originales cartulinas rayadas—, en las que se han recopilado los datos básicos de cada una de las fuentes. El nombre, título completo y título abreviado por el que se las conoce, junto a la traducción del mismo al castellano; el nombre del autor y los datos biográficos esenciales de sus artífices, importante porque «las fobias y las filias del autor, sus orígenes tribales y étnicos, sus inclinaciones políticas con respecto al poder establecido, sus orientaciones ideológicas» (vol. I, p. 26) pudieron marcar el tipo de información que registraron. En esas fichas se reseña también el género y tipo de obra que se trata; un breve resumen de su contenido; las características y relevancia como fuente historiográfica que posee; los periodos de la historia de Al-Andalus para los que su consulta puede ser relevante; una exhaustiva relación de las ediciones,

totales y parciales de su texto, de las que hay registro, ordenadas cronológicamente; la referencia a las traducciones, totales y parciales conocidas en diferentes lenguas; para terminar con una bibliografía básica de los principales trabajos que abordan el estudio de la fuente en cuestión, que se refieren a su autoría o en torno a su contexto de elaboración, títulos que servirán de ayuda para seguir profundizando en el conocimiento de cada una de las obras analizadas si se desea.

El «discreto objetivo» inicial del libro se cumple, por tanto, sin lugar a dudas; su utilidad para iluminar el camino de los estudios andalusíes es más que evidente, sacando del desconcierto y la oscuridad un impresionante material historiográfico, hasta la fecha disperso y desordenado; confirmando, a un tiempo, que el mundo andalusí fue la «sociedad medieval mediterránea temprana» para la que contamos con más fuentes de información, cuyas ediciones, traducciones y estudios ahora se recopilan sistemáticamente y se ponen al servicio de especialistas o del público interesado en general.

Con reiterada frecuencia leemos en los prólogos e introducciones de obras históricas una especie de mantra, que no por mucho salmodiarlo se convierte en una realidad ni, en ocasiones, responde a un sincero convencimiento de quienes lo emiten. Me refiero a la manoseada idea de la interdisciplinariedad, como bálsamo de Fierabrás que aplicar a cualquier trabajo historiográfico para convertirlo en un producto académico actual, cuando la realidad es que no son pocos los colegas que se resisten a ampliar metodológicamente sus campos de interés y las fuentes de las que nutren sus trabajos, o lo hacen solo de forma tímida y muy parcial. La apertura hacia otras fuentes y ciencias historiográficas, capaces de completar el relato y nuestra visión de un periodo o de un acontecimiento histórico, se queda así, en muchas ocasiones, en una mera declaración estética; en un desiderátum difícil de alcanzar por nuestra propia incapacidad o, simplemente, porque se considera innecesario para tratar según qué temas. Pero lo que, a mi juicio, resulta más grave e incomprensible es que, de forma consciente, se desprecien los materiales historiables y las informaciones procedentes de fuentes fiables, que sí podrían servir en la construcción de relatos y análisis históricos más completos, poliédricos o plurales.

Una parte del medievalismo hispano ha tenido, durante demasiado tiempo, una actitud refractaria al caudal informativo procedente de las fuentes árabes —también de la arqueología, la epigrafía, la historia del arte, etc.—, y, por desconocimiento de estos recursos, por dificultad para acceder a ellos y descifrarlos, o, en el peor caso, por elección alevosa, se ha prescindido de su uso, aun cuando innumerables temas de la historia medieval peninsular no pueden reconstruirse en su integridad sin el concurso de las fuentes escritas en árabe, de las evidencias materiales o de los testimonios artísticos de aquel pasado. Buena parte del medievalismo actual está cambiando, sin embargo, y esa transformación, al menos en lo que se refiere a la valoración y uso de los materiales narrativos y documentales para la historia andalusí, ha encontrado, además, respaldo institucional en varios departamentos universitarios, en el CSIC y en la propia SEEM, que por primera vez hace una apuesta firme por integrar la historia de al-Andalus entre sus objetivos y prioridades de trabajo.

Si resulta harto complicado llegar a verdaderos planteamientos interdisciplinares, el acceso a las fuentes árabes esenciales para reconstruir la Edad Media de la península ibérica y del occidente islámico es ahora mucho más fácil gracias al trabajo del profesor Martos. Ya no caben excusas para no hacerlo, con la intermediación de un libro que solo se puede adjetivar con palabras elogiosas: una obra que era necesaria y, a partir de ahora, será imprescindible; un trabajo sencillo a la par que sistemático; una verdadera enciclopedia totalmente accesible a todo su contenido; y, en suma, una herramienta historiográfica completa que servirá tanto a un lector especialista como profano, que se pone al alcance tanto del medievalista como del arabista, del estudiante o del doctorando, e incluso de aquellos quienes solo tengan la sana curiosidad de iniciarse en la historia de al-Andalus desde sus fundamentos, gracias a su publicación en abierto y en línea a través del portal de la Sociedad, además de hacerse en dos volúmenes en papel.

Antes de concluir, permita el lector que solo advierta dos pequeños defectos del trabajo, que a buen seguro se podrán corregir en ediciones posteriores, y que, en cualquier caso, se pueden perdonar sin necesidad de mucha benevolencia. Me refiero a las erratas que se detectan en sitios, a veces, tan visibles como el índice del volumen II, en el que se deslizan, por ejemplo, varios “al-andalus” así, en minúscula. Y no podemos obviar, sobre todo, que la verdaderamente útil estructura del libro, que puede llegar a mencionar una misma obra en varios lugares diferentes —según su tipología, origen geográfico y cronología, sin contar con la ficha correspondiente contenida en el volumen II—, es, como se puede deducir, un armazón propenso en sí mismo a la reiteración de contenidos, que a veces se repiten miméticamente en distintos epígrafes, teniendo la sensación de un autoplagio que, siendo quizá necesario, podría haberse evitado con un ligero retoque estético.

Felicitémonos, en cualquier caso, por la aparición de este trabajo, que nos ofrece una brújula y una carta de navegación actualizada para adentrarnos en el estudio de al-Andalus, hasta ahora un océano en el que resultaba fácil perder el rumbo, incluso para quienes conocían los vientos y mareas de la lengua árabe. Felicitemos a la SEEM, a sus responsables y al director de la colección, por impulsar un giro que promete contribuir a la renovación del medievalismo y a integrar la historia andalusí en el relato de la historia medieval peninsular, sin subordinaciones ni tuteladas. Pero, sobre todo, felicitemos al profesor Martos por su obra, y agradezcámosle el regalo historiográfico que constituye este último libro salido de su pluma.